

EPITOME
DE LA ELOQUENCIA ESPAÑOLA.



EPITOME
DE LA ELOQUENCIA
ESPAÑOLA.

ARTE DE DISCURRIR, Y HABLAR
con agudeza, y elegancia en todo genero
de assumptos, de Orar, Predicar, Arguir,
Conversar, componer Embaxadas, Cartas,
y Recados. Con Chiftes, que previenen
las faltas, y Exemplos, que mues-
tran los aciertos.

COMPUSOLO

DON FRANCISCO JOSEPH ARTIGA,
*olim Artieda, Infanzon, Ciudadano de la Ven-
cedora Ciudad de Huesca, Professor de Ma-
thematicas, y Receptor de la
Universidad.*

QUARTA IMPRESSION.

DEDICADA

A NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

Con Licencia en Madrid: A costa de la Viuda
de Alphonso Vindel; se hallará en su casa,
Puerta del Sol, frente la Fuente.

EDICION FACSIMILAR

FRENTE DE AFIRMACION HISPANISTA, A. C.
México, 1992.

PROLOGO
a la edición facsimilar de
EPITOME
DE LA ELOCUENCIA
ESPAÑOLA

El libro *Dialectica resolutio cum textu Aristotelis*. Mexici, Joannes Brissensis, 1554, escrito por fray Alonso de la Veracruz, recogió una carta en latín de Francisco Cervantes de Salazar, la cual publicó Amancio Bolaño e Isla en *Contribución al estudio de fray Alonso de la Vera Cruz* (México, 1947) y la tradujo al castellano en 1963 para la edición de Porrúa: México en 1554 y Túmulo imperial:

Francisco Cervantes Salazar, toledano, opositor de artes y profesor de retórica en la célebre Academia Mexicana de la Nueva España, al benévolo lector, salud.

Tres son las cualidades, benévolo lector, y por cierto principalísimas, que hacen a cualquier obra que vaya a publicarse digna de ser leída y que se la repase constantemente: utilidad del tema, manera de exponerlo y autoridad del escritor. Para apreciar todas las demás, consideradas en general, después de leído el título de la obra, necesitarás otro consejero distinto de mí.

Lo primero que llama la atención es la materia de que trata la dialéctica; atrae después el consistente encadena-

miento del discurso; y subyuga, por último, el nombre del autor, célebre hace ya muchos años en ambos continentes por los ejemplos manifiestos de su singular saber.

Ya sé que te agradaría que me explanara sobre esto un poco más ampliamente, siendo como soy discípulo del autor (parece que estoy teniendo un velo sobre lo que no quiero ocultar aunque pudiera hacerlo con la más insignificante pincelada) pero no dudo que esto basta para excitar y aún urgir con agudo acicate al que ya corre espontáneamente (por las páginas del libro).

Pues bien, hay tres clases de artes en las que la vida humana se manifiesta plena y satisfactoriamente: las que se dedican a conocer la naturaleza de las cosas que los griegos llaman físicas y los latinos, naturales; las que tratan de corregir las costumbres, éticas para los griegos y para nosotros, morales; las que se refieren al discurso y reglas del decir que los griegos nombran lógicas y nosotros racionales.

En todo libro digno de leerse se exige corrección, elegancia y probabilidad, ésta, la más importante (ya que no sólo persuade sino que además convence), está contenida en el juicio e invención, las dos partes en que la dialéctica se divide.

(Ahora bien) ¿quién habrá (a menos que sea loco) que si desea vencer no recorra todos los libros de la dialéctica y, como después de una larga peregrinación, no venga a detenerse en aquel en que únicamente la brevedad deleita sin oscuridad, el orden agrada sin confusión, el discurso instruye sin dificultad, la enseñanza de los preceptos entretiene sin cansar, en una palabra, aquel en que de tal manera lo útil se mezcla a lo dulce que se logre todo lo que uno se ha propuesto?

Si al interés del argumento y belleza de la forma —cuyas dos cosas se dan más raramente que una tea de oro (pez que no todos pueden pescar)— se junta el preclaro nombre del autor, no habrá otra cosa que pueda desear el más am-

bicioso, ni criticar aun el más mordaz que Momo que no pudiendo echar la culpa a Venus se la echa a su sandalia.

Ya has visto (si no eres ciego o torpe) lo que yo para mí quisiera. Ahora, haz tu tarea, la mía ha terminado, y la tuya es leer, aprender, desmenuzar en la dialéctica todo lo que, como renacido, colmado de ventajas y alabanzas, sale a luz. Consúltala porque la necesitas y nunca se la agradecerás bastante al autor, monje agustino, teólogo de profesión, íntegro en su vida y eximio en toda disciplina y aún más admirable (su ciencia está a la vista) por su modestia singular.

Podría recomendártelo en más prolija carta para que mejor le apreciaras, si no supiera que tú mismo has de convencerte de que en vano se alaba a quien por sí mismo se recomienda.

Pásalo bien. En México a 15 de julio del año de nuestra salvación de 1554.

Tres y medio siglos más tarde el hombre que encabezó la revolución que terminó con la tiranía de Porfirio Díaz, usó de un manual de oratoria que es posible que haya sido el *Epítome de la elocuencia española* escrito por Francisco José Artiga en 1725 y el cual reproducimos ahora en forma facsimilar. Pero dejemos que José Vasconcelos (1882-1959) en *Ulises criollo* nos relate esta anécdota:

En las primeras reuniones quedó constituido el Comité original con don Paulino ya citado, con don Filomeno Mata, viejo periodista independiente, don Emilio Vázquez Gómez, abogado de prestigio, y el ingeniero Robles Domínguez, un patriota que exponía su caudal. El elemento joven lo representamos: Federico González Garza, compañero del colegio y hombre puro; Manuel Urquidí, educado en el extranjero y buen demócrata; Roque Estrada, abogado de Jalisco y yo. A las reuniones posteriores asistió Luis Cabrera, que coqueteaba con el reyismo, el partido que parecía más viable dentro de la oposición.

Nuestro plan de campaña, calcado del libro de Madero, consistiría en organizar la ciudadanía de la República para que abandonando su indiferencia de los últimos treinta años, acudiese a las urnas a designar presidente, conforme a sus deseos. El lema que tantos años fue oficial: **Sufragio Efectivo y No Reelección**, lo redacté yo, en oposición al antiguo Sufragio Libre y para indicar que debía consumarse la función ciudadana del voto. Alegaba Madero, y con justicia, que no podía hacerse responsable al dictador de la retención del mando, si antes la ciudadanía no manifestaba su voluntad de retirárselo.

No se dio a Madero ningún puesto en nuestra Junta porque su misión era recorrer la República organizando clubes, pero antes de partir nos dejó dos encargos: el hallazgo de un personaje que aceptase ser postulado para la Presidencia en oposición a Porfirio Díaz y la edición de un periódico que había de ser órgano del movimiento.

Fui de los encargados de visitar a los personajes semiindependientes de la época. En todos los casos encontramos un recibimiento frío y una disposición escéptica. México no tenía remedio, la chusma ignorante era un lastre. Cuando desapareciera por su avanzada edad don Porfirio, la nación volvería a caer en otra dictadura.

En cambio, en los mítines que comenzamos a organizar por las barriadas pobres y populosas, especialmente con elemento obrero, nuestro éxito empezó a producirnos asombro, a la vez que alarmaba al gobierno. Se distinguía en estas sesiones por su elocuencia juvenil, Roque Estrada. Yo fracasaba por mal orador y porque puesto en contacto con la masa humilde me entraban unos ímpetus peligrosos de sinceridad. Por ejemplo, un día hablé de que antes de intentar democracia y actividad política, el pueblo necesitaba emprender la campaña del agua y del jabón. A pesar de mi intención pura, el consejo pareció a unos ofensivo, a otros impolítico y me dejó desilusionado de mi capacidad demagógica. Continuamos las sesiones prescindiendo yo de

hablar y dedicado a la organización, redacción de las actas y el registro de las adhesiones.

Por la noche, en casa del licenciado Vázquez Gómez, los dos secretarios del Partido le ayudábamos a contestar la correspondencia que llegaba de todo el país. Madero acudía también por allí a menudo. Conversando me había aconsejado el uso de no sé qué manual de oratoria que a él le había dado buenos resultados, pero: —Ahora —me dijo—, ya que no quiere hablar, lo haremos escribir—. Y me encargó la dirección del semanario del partido, próximo a salir. Lo bautizamos **El Antirreeleccionista**, y lo estuve publicando sin tropiezos dos o tres meses. Pronto la pequeña hoja tuvo suscriptores en cada rincón de la República. En ella vaciamos nuestro encono contra el régimen y el talento inédito de no pocos compañeros. Sin embargo, no apuntó en él ninguna promesa de gran escritor, acaso porque duró poco la publicación. En cambio, en la oratoria, el Partido creaba sólidos prestigios como el de Roque Estrada y el de Bordes Mangel. También entre la nueva generación se distinguía sin brillo, pero con talento, tenacidad y honestidad, Federico González Garza. En el grupo primitivo, nadie obtenía medro. Al contrario, la mayoría contribuíamos con una suma mensual para los gastos de la oficina, a la vez que ofrendábamos nuestro trabajo.

Fredo Arias de la Canal en la revista NORTE No. 248 (Julio-Agosto de 1972) escribió un editorial en homenaje póstumo al insigne orador español Félix Martí-Ibáñez:

Si cierto es que lo que más une a un pueblo son sus glorias o sus tristezas comunes, el enlace espiritual de sus comunes recuerdos no puede ser otra cosa que la lengua que junto con la historia componen los elementos básicos de la nacionalidad, pues lógico es que los grandes apologistas de la patria tengan por fuerza que ser los grandes retóricos, consumados oradores que tienen la facultad de amoldar la

lengua a los más excelsos sentimientos del espíritu, a los conceptos más abnegados de la humanidad, y a la dinámica vital de todo progreso; pero que con la demagogia pueden desviar el destino de las gentes hacia los profundos abismos de la guerra y del suicidio.

Egregios oradores han surgido en aquellos pueblos que poseían el concepto ideal de la dignidad, del amor propio, del buen nombre, del honor, de la vergüenza, pueblos cuyos hombres no concebían la vida cuando se había perdido la honra, y de estos pueblos ha dado dos ejemplos la historia: Grecia la descubridora de Europa y España la descubridora de América. Sólo los griegos y los españoles pudieron parir Homeros, Demóstenes, Camoens y Castelares, porque los oradores de otras latitudes, aunque poseedores de ingenio, no tenían epopeyas que contar, tales como las de estas dos ínclitas naciones.

Por esta razón nos dice Castelar:

Y todos los pueblos han adorado a sus oradores, a sus poetas, a sus filósofos, a sus escritores de genio, porque en sus obras traen y conservan algo más que su ciencia y su arte: traen y conservan el genio nacional. (De su Historia del movimiento republicano en Europa. T. III).

Recordemos a Demóstenes impugnando a Esquines:

La República de Atenas no debía cambiar de conducta a poco que estimase su propia gloria, la gloria de sus antepasados y el juicio de la posteridad.

Observemos a Castelar identificarse con la gloria nacional:

Yo quiero ser español y sólo español; yo quiero hablar el idioma de Cervantes; quiero recitar los versos de Calderón; quiero teñir mi fantasía en los matices que llevaban disueltos en sus paletas Murillo y Velázquez; quiero considerar como mis pergaminos de nobleza nacional la historia de Viriato y el Cid...

(Del discurso en el Parlamento del 30 de julio de 1873.)

Es pues, la oratoria un arte en que se nota una relación psicológica entre el retórico y el público, pues éste parece captar las emociones de aquél, ora por conocimiento, ora por intuición. Si sólo se siguieran las reglas establecidas para la oratoria habría magníficos oradores que no hay. Leamos estos versos de Sor Juana, en su poema Para quien quisiere oír:

Su exordio fue Concepción
libre de la infausta suerte;
su vida la narración,
la confirmación su Muerte,
su epílogo la Asunción.

Exordio, narración, confirmación y epílogo, son sólo partes de la oración, son sólo su estructura, su esqueleto. Leamos a Francisco José Artiga en su Epítome de la elocuencia española, cómo define:

el exordio:

Por causar benevolencia
y docilidad a un tiempo
y atención que es lo más grato
que hace al orador discreto.

la narración:

Es un modo de ilustrar
con elegantes conceptos
la cuestión, sermón o asunto
de embajada, carta o cuento.

la confirmación:

Es una prueba real,
donde todo lo propuesto,
y narrado lo defiende
y prueba con argumentos.

El epílogo es la parte
última, en donde el discreto
orador con más primores
esgrime el valiente acero.

Es un primor, un alarde,
un rayo, donde el ingenio,
hecho un tahur de elocuencia
arroja en él todo el resto.

Ha de ser la mejor gala
porque a los ya dichos textos
has de volver a vertirlos
con otros ricos conceptos.

Es el orador un hombre cuyos sentimientos, cuyas
emociones y exaltaciones transmite al público, quien
deviene identificado con su sublimación y extasiado con
los bellos conceptos vertidos. Nos dice Angel Pulido que
los oyentes de Castelar se alzaban en masa "con tempe-
stades de aplausos y orgasmos frenéticos que solamente
viéndolos se podían concebir"

Esta identificación la plasmó Artiga así:

Y es tanta la simpatía
que entre los hombres tenemos
que si vemos reir, reimos
lloramos, si llorar vemos.

El orador, para serlo, debe de manejar los afectos, o
sea, sus sentimientos de manera despejada, variada, cla-
ra y cuidadosa, pero sobre todo vigorosa. Oigamos a De-
móstenes:

Pero no, atenienses, no habeis cometido falta alguna
al arriesgaros por la salvación de la libertad de todos los
griegos, lo juro por aquellos de vuestros antepasados que
expusieron su vida en Maratón.

Escuchemos a Cortés:

Nunca hasta aquí se vio en estas Indias y Nuevo Mun-
do, que españoles atrás un pie tornasen por miedo, ni
aun por hambre ni heridas que tuviesen (. . .) porque
nunca el español dice a la guerra de no, que lo tiene por
deshonra y caso de menos valer.

Qué inflamación la de Castelar cuando nos dice:

. . . la patria, cuya historia es nuestra misma historia,
cuya honra es nuestra misma honra, cuyos dolores son
nuestros dolores, cuyas esperanzas son nuestras esperan-
zas, porque en su seno guarda las cenizas de nuestros pa-
dres, las reliquias de todo lo que hemos respetado y que-
rido; porque está amasada con la sangre de nuestros pro-
genitores.

De los afectos nos dice Artiga:

Mas han de ser tan ardientes
que en tu voz estén ardiendo
porque un carbón apagado
nunca da a los otros fuego.

Quizá no exista una alegoría que mejor represente la relación del orador con el escucha que la citada por José Carral en la Aprobación que hace al libro de Artiga en el año de 1725.

D. Francisco de Artiga merece llamarse Hércules de la elocuencia española, y que en el templo de la erudición y de la fama le pinten del mismo modo que el famoso jurisperito Andrés Alciato pintó en un emblema al Hércules Gálico con unas cadenas de oro, que saliendo de su boca, aprisionaban muchos hombres, los cuales estaban gustosamente pendientes de la boca de aquel héroe, bien hallados en la prisión de su elocuencia, que no infama, antes acredita la nobleza del albedrío.

Tal parece que el orador al vertir sus melodiosas sentencias está alimentando con leche y miel a los sedientos oyentes, quienes extasiados de tanta belleza espiritual prorrumpan en estallidos de agradecimiento.

Leamos a Artiga:

En cuyo enriscado monte (Parnaso)
pródiga Heliconda abunda
tantas fuentes de agudeza
como tropos y figuras.

De las cuales los raudales
de elegancia se apresuran
a saciar como cristales
la ardiente sed de las musas.

Leamos a Castelar en su discurso sobre la mujer. (Sevilla, abril de 1872):

Beatrice, esparciendo las luminosas estrellas recogidas en el cielo sobre el alma del poeta; en el siglo XIV, Laura trayendo la miel de la inspiración en sus labios.

Y libemos la miel de su discurso de ingreso a la Real Academia de la Lengua:

... se levanta nuestra lengua. De varias y entrelazadas raíces; de múltiples y acordes sonidos; de onomatopeyas tan músicas que abren el sentir a la adivinación de las palabras antes de saberlas.

Observemos que los oradores como los poetas "se ven arrastrados por un entusiasmo igual al de las bacantes, que en sus movimientos y embriaguez sacan de los ríos leche y miel", como nos lo dice Sócrates en el Ion.

Pero como todo buen orador tiene alma de poeta es un Narciso que le agrada mirarse en el espejo de sus fuentes estéticas, corriendo el peligro de ahogarse como lo hizo el dios mitológico. Todo orador juega con la idea de la muerte y le imbuye a su auditorio una emoción de temor-placer. Oigamos a Demóstenes:

... aquellos que han librado combate naval, ya en Artemisa, cuyos cuerpos reposan en las tumbas públicas. El estado les concedió a todos los mismos honores, la misma sepultura.

Escuchemos a Cortés:

Y porque veais ser esto y todo lo que dicho tengo, así quiero probarlos y probaros contra los de Tepeacac, que mataron los otros días doce españoles; y si mal nos suce-

diere la ida, haré lo que pedís, y si bien, hareis lo que os ruego.

Leamos a Artiga:

Nada fuimos
nada somos, nada hacemos
en la nada de las nada
que es la nada del entierro.

Meditemos sobre esta arenga de Castelar:

. . . todos los hombres, todos los pueblos, lo mismo los cosacos de Moscú, que los atenienses. . . todos vuelven hacia esta tierra los ojos, y todos enseñan, mostrando a los suyos nuestras ruinas humeantes, cómo se pelea contra los invasores, y cómo se muere por la libertad y por la patria. (Discurso del día 3 de noviembre de 1870).

Haciendo un poco de historia de la retórica vemos cómo los griegos la consideraban un arte liberal que de acuerdo con Gorgias: "su finalidad principal era la persuasión", si bien es cierto que ayudada por otras dos artes liberales: la gramática —arte de escribir y hablar correctamente— y la lógica —arte de pensar correctamente. Nos dice Aristóteles en su *Retórica* que la habilidad oratoria consiste en: "(1) razonar lógicamente, (2) comprender el carácter y bondad humanos en sus varias formas, y (3) comprender las emociones. . . para saber sus causas y la manera en que éstas se excitan", con lo que nos da a entender el maestro que la retórica necesita por fuerza de la psicología y de la ética. Divide pues Aristóteles la retórica en tres partes, la primera concerniente a la invención, la segunda a la disposición u orden del discurso, y la tercera a los problemas de expresión. La invención persuade, la disposición estructura y la expresión estila. Por otro lado, Cicerón le atribuye tres fi-

nalidades a la retórica que son: enseñar, deleitar, y conmover, que se reducen a lo ya dicho por los griegos.

En el libro tercero de *Diálogo de las Leyes* nos ofrece por boca de Marco:

En cuanto al Senado no es cosa difícil, porque el senador menos debe buscar palabras agradables para el que escucha, que honrosas para sí mismo. Tres cosas se le ordenan: estar presente, porque el número aumenta la autoridad; hablar en su turno, es decir, cuando se le pregunta su opinión; y hacerlo con mesura, por temor de que sea interminable, porque la brevedad, no solamente en el senador, sino en cualquier orador, es gran mérito para una opinión. Jamás deben pronunciarse largas oraciones, a no ser cuando el Senado se extravíe, cosa que con mucha frecuencia procede de la ambición: si en este caso no interviene algún magistrado, es útil ocupar toda la sesión, o bien cuando el asunto es tan importante que se hacen necesarios todos los recursos del orador para convencer o instruir. En ambos géneros sobresale nuestro gran Catón.

Madariaga nos dice que así como el hombre de pensamiento se debe a la verdad, el hombre político se debe a la acción. Es por lo tanto la oratoria un arma poderosa de persuasión en manos del político, quien, como todo ser humano, en ocasiones se deja llevar por sus fantasías de omnipotencia y de rescate que ayudadas de alguna creencia dogmática, de hecho, ha llevado a los pueblos a la guerra civil, puesto que la demagogia es un arma mortal que utilizan aquellos que tienen una gran predisposición inconsciente hacia la autodestrucción, por lo que irremisiblemente llevan a sus pueblos al matadero. Es pues de considerarse seriamente que el demagogo es el enemigo civil número uno.

Castelar fue un hombre que sufrió el tormento de conocer cuan peligrosa era su palabra, y de las semillas que ha-

bía plantado su pasión habría de arrepentirse amargamente cuando vio crecer las plantas de la violencia. Escuchémoslo:

¿Queréis una democracia demagógica? ¡Ah, señores! Si yo fuera elocuente, si yo tuviese las lenguas de fuego llovidas por el espíritu divino sobre la cabeza de los apóstoles, si yo poseyera esa luz de la inspiración, si yo pudiera recoger el genio de la palabra que vaga por este recinto que tan grandes oradores ha suscitado, y pudiera prenderla a mis labios condensándolo en una frase, os rogaría rendido y casi de rodillas que no produjeráis la reacción, porque trae las revoluciones; que dierais seguridad en el puesto de todas las libertades a la santa madre que llora las insensateces de sus hijos, al objeto de nuestro culto, al ídolo de nuestra vida, a nuestra hermosa y desgraciada España. (Discurso en el Parlamento del 17 de noviembre de 1876).

Más tarde habría de defenderse agresivamente Castelar ante un reproche que más que de índole exterior provenía de su propia conciencia, en su discurso en el Parlamento del 28 de febrero de 1878:

Sí, desgraciados, confesad que somos los artífices únicos de nuestras desgracias.

El propio biógrafo de Castelar: Angel Pulido resumió en estas palabras la tragedia del más grande orador de todos los tiempos:

Mal calculador entonces de las tremendas e incontrastables fuerzas que rigen la vida de los pueblos y las evoluciones de la historia, entregado a la deplorable inexperiencia en que incurren las ardientes imaginaciones de los apasionados políticos, siempre fáciles a la obra de desatar tempestades que luego no pueden reprimir, no acer-

tó a comprender con cuanta exactitud la patria era un ser real, dotado de carne, sangre y nervios, de temperamento y hábitos, de idiosincrasia y fatalidades biológicas hereditarias. . . , y que, por esto, violentar los resortes de su organización y las leyes de su existencia con alteraciones y cambios bruscos, era condenarla a gravísimas enfermedades y a peligros de muerte.

El Premio Vasconcelos 1970 Félix Martí Ibáñez en su artículo *La palabra hablada*, el vasto mural (MD en Español, marzo 1970), nos ofrece su experiencia en el campo de la retórica, en estos fragmentos:

LA IMPROVISACION ORATORIA

Puedo hablar con cierta autoridad sobre la improvisación en oratoria. En España, mi país natal, durante muchos años, y en especial durante los tres años de la mal llamada Guerra Civil, tuve que alternar mi trabajo médico y literario con la oratoria. Pronuncié entonces más de mil conferencias, charlas, discursos y arengas, con frecuencia improvisados, y siempre —fiel a la tradición oratoria española— sin ayuda de una sola nota escrita. A menudo dirigí la palabra a más de sesenta mil personas congregadas en plazas de toros; en una ocasión, mi discurso duró cuatro horas. Y no hay que olvidar que la oratoria en España —tierra de oradores— requiere que el discurso sea erudito, florido, lírico, arquitectónico, sinfónico, emotivo, humorístico, ideológico, inspirado e inflamado. El público, educado en una escuela de alta oratoria, así lo exige del orador. Pero sólo el orador sabe las interminables semanas de lectura, escritura, meditación y desvelo que exige cada “improvisación”.

LA CORTINA DE PAPEL

La conferencia literaria, lírica o histórica bien preparada no debe ser leída, pues la cortina de papel aísla al conferenciante del público, ni tampoco debe ser recitada de memoria, porque entonces pierde su calor y espontaneidad. Debe estar minuciosamente preparada en cuanto al contenido y a la forma, pero no en cuanto a las palabras que se van a emplear. Las ideas, la técnica para expresarlas, han de estar esmerada y artísticamente preparadas; pero las palabras deben fluir espontáneamente e ir revistiendo el pensamiento del orador en presencia misma del público. Este es el único modo de convertir la conferencia en auténtico acto creador, en el cual participe el público de modo dinámico, al asistir al noble esfuerzo del conferenciante por ofrecerle ese mágico momento de la creación oratoria en que las ideas, que brotan desnudas y tiritando de su mente, se van ataviando, ante los ojos de todos, con el rico, policromo y cálido ropaje de bellos vocablos, vibrantes de luz y musicalidad.

Esa conferencia es una obra de arte superior a cualquier otra del ser humano, porque puede el hombre desarrollarla sin más ayuda que su conocimiento del tema, los matices de su voz y el movimiento de sus manos; palabras y ademanes con los que puede pintar, cincelar, componer una sonata verbal, dirigir el raudo ballet de las palabras que escenifiquen el drama de las ideas en el teatro encantado de la oratoria.

¿PRONUNCIAR UNA CONFERENCIA DE MEMORIA O LEERLA?

Yo considero la conferencia como la suprema forma de esclarecimiento y diversión intelectual, ya se trate de una conferencia lírica, literaria, poética o narrativa; o como la

más elevada forma de enseñar si se trata de una conferencia didáctica, pedagógica, destinada a enseñar algo relativo a las ciencias, la medicina, las artes, las letras, la historia, la sociología, u otras ramas del saber.

En el caso de la conferencia lírica o literaria, lo ideal es pronunciarla sin necesidad de leerla. Ello requiere a veces semanas o aun meses de preparación, pensando y organizando el material básico sobre el que se va a hablar, mas no la forma en que se presentará, que ello le roba toda su espontaneidad y encanto a la conferencia. Las ideas del conferenciante, su tesis, su narración deben estar muy bien meditadas, pero la forma en que va a engalanar su pensamiento ha de fluir a medida que habla para dar así la oportunidad al público, en primer lugar de asistir al maravilloso proceso de la conversión espontánea de ideas, conceptos y creencias, en palabras, oraciones y párrafos, y en segundo término para lograr una mayor identificación espiritual entre el orador y el oyente, quien —al unísono con el orador— traduce en su mente y con sus propias palabras lo que escucha. Ese oyente es un colaborador del conferenciante, pasivo, si se quiere, pero colaborador al fin, que los buenos oradores y conferenciantes se guían a menudo por el interés, la actitud y los gestos de su público.

En conferencias muy largas y esmaltadas de muchos datos, citas y aun fechas —pese a lo enemigo que soy, tanto en mis escritos como en mis conferencias, de dar fechas—, el texto puede escribirse de antemano siempre que el conferenciante recuerde que lo que está escribiendo es para ser leído, y que por lo tanto debe extremar su claridad, lucidez, precisión, eufonía y brevedad. Sobre todo, debe mantener un estilo “oral”, hacer que las palabras escritas, leídas con voz y dicción puras y claras, resuenen como parte del diálogo espiritual sostenido en la sala entre el conferenciante y cada individuo del público. Los dos oradores más grandes de la Historia han sido asimismo maestros en el ar-

te de la conferencia; un estadista y escritor español del siglo pasado, Emilio Castelar, y un conferenciante contemporáneo, español también, ultramoderno en su técnica y sus enfoques líricos, Federico García Sanchiz, cuya obra oratoria ha quedado por desgracia casi totalmente inédita, pues jamás podría reproducirse por escrito la gracia de sus gestos o su magnífica y vibrante elocución.

Sigmund Freud, otro brillante orador, pronunciaba sus conferencias sin leerlas y después, en la soledad de su despacho, ornamentado como una salita romántica de principios del siglo XIX, las escribía, recordando exactamente cuanto había dicho. De ahí la claridad "oratoria" de sus escritos, su vocabulario "popular" y preciso y su estilo "verbal", que hace que cuando le leemos, en realidad le estamos escuchando.

Además de servir para impartir conocimiento, tienen las palabras otra misión importantísima que es la de acercarnos unos a otros y, al hablarnos, trocar nuestra soledad cósmica en compañía, mediante el mágico acto del diálogo. Esa es acaso la misión más noble de las palabras, ser vehículo de sincera amistad entre los hombres, pues en el humilde acto de encontrarse dos hombres y hermanarse mediante las palabras de un saludo, se cimentan las bases humanas de la Historia con toda su gloria y grandeza.

A continuación y a manera de bocadillos de estética conceptual, ofrecemos a los estudiosos de retórica u oratoria, arte de bien decir y escribir palabras que deleitan, conmueven, persuaden y motivan, una serie de los más elocuentes discursos en la historia occidental:

SOCRATES (470-399 a. C.) ANTE SU MUERTE *

En verdad, atenienses, por demasiada impaciencia y precipitación vais a cargar con un baldón y dar lugar a vuestros envidiosos enemigos a que acusen a la república de haber hecho morir a Sócrates, a este hombre sabio porque, para agravar vuestra vergonzosa situación, ellos me llamarán sabio aunque no lo sea. En lugar de que si hubieseis tenido un tanto de paciencia, mi muerte venía de suyo y hubieseis conseguido vuestro objeto, porque ya veis que, en la edad que tengo, estoy bien cerca de la muerte. No digo esto por todos los jueces; sino tan sólo por los que me han condenado a muerte y a ellos es a quienes me dirijo. ¿Creéis que yo hubiera sido condenado si no hubiera reparado en los medios para defenderme? ¿Creéis que me hubieran faltado palabras insinuantes y persuasivas? No son las palabras, atenienses, las que me han faltado; es la impudencia de no haberos dicho cosas que hubierais gustado mucho de oír. Hubiera sido para vosotros una gran satisfacción haberme visto lamentar, suspirar, llorar, suplicar y cometer todas las demás bajezas que estáis viendo todos los días en los acusados. Pero, en medio del peligro, no he

* Diálogos de Platón. Editorial Porrúa. México 1971

creído que debía rebajarme a un hecho tan cobarde y tan vergonzoso y, después de vuestra sentencia, no me arrepiento de no haber cometido esta indignidad, porque quiero más morir después de haberme defendido como me he defendido que vivir por haberme arrastrado ante vosotros. Ni en los tribunales de justicia ni en medio de la guerra debe el hombre honrado salvar su vida por tales medios. Sucede muchas veces, en los combates, que se puede salvar la vida muy fácilmente arrojando las armas y pidiendo cuartel al enemigo y lo mismo sucede en todos los demás peligros; hay mil expedientes para evitar la muerte cuando está uno en posición de poder decirlo todo o hacerlo todo. ¡Ah, atenienses, no es lo difícil evitar la muerte; lo es mucho más evitar la deshonra, que marcha más ligera que la muerte! Esta es la razón porque, viejo y pesado como estoy, me he dejado llevar por la más pesada de las dos, la muerte; mientras que la más ligera, el crimen, está adherida a mis acusadores, que tienen vigor y ligereza. Yo voy a sufrir la muerte, a la que me habéis condenado; pero ellos sufrirán la iniquidad y la infamia a que la verdad los condena. Con respecto a mí, me atengo a mi castigo y ellos se atenderán al suyo. En efecto, quizá las cosas han debido pasar así y, en mi opinión, no han podido pasar de mejor modo.

¡Oh, vosotros que me habéis condenado a muerte, quiero predeciros lo que os sucederá, porque me veo en aquellos momentos cuando la muerte se aproxima en que los hombres son capaces de profetizar el porvenir! Os lo anuncio, vosotros que me hacéis morir: vuestro castigo no tardará cuando yo haya muerto y será, por Zeus! más cruel que el que me imponéis. En deshaceros de mí sólo habéis intentado descargaros del importuno peso de dar cuenta de vuestra vida, pero os sucederá todo lo contrario; yo os lo predigo.

Se levantará contra vosotros y os reprenderá un gran número de personas, que han estado contenidas por mi presencia, aunque vosotros no lo apercibáis; pero, después de mi muerte, serán tanto más importunos y difíciles de contener, cuanto que son más jóvenes, y más os irritaréis vosotros, porque si

creéis que basta matar a uno para impedir que otros os echen en cara que vivís mal, os engañáis. Esta manera de libertarse de sus censores ni es decente ni posible. La que es a la vez muy decente y muy fácil es no cerrar la boca a los hombres, sino hacerse mejor. Lo dicho basta para los que me han condenado y los entrego a sus propios remordimientos.

Con respecto a los que me habéis absuelto con vuestros votos, atenienses, conversaré con vosotros con el mayor gusto, mientras que los Once estén ocupados y no se me conduzca al sitio donde deba morir. Concededme, os suplico, un momento de atención, porque nada impide que conversemos juntos, puesto que da tiempo. Quiero deciros, como amigos, una cosa que acaba de sucederme y explicaros lo que significa. Sí, jueces míos (y llamándoos así no me engaño en el nombre); me ha sucedido hoy una cosa muy maravillosa. La voz divina de mi demonio familiar, que me hacía advertencias tantas veces y que en las menores ocasiones no dejaba jamás de separarme de todo lo malo que iba a emprender, hoy, que me sucede lo que veis y lo que la mayor parte de los hombres tienen por el mayor de todos los males, esta voz no me ha dicho nada, ni esta mañana cuando salí de casa, ni cuando he venido al tribunal, ni cuando he comenzado a hablaros. Sin embargo, me ha sucedido muchas veces que me ha interrumpido en medio de mis discursos y hoy a nada se ha opuesto, haya dicho o hecho yo lo que quisiera. ¿qué puede significar esto? Voy a decíroslo. Es que hay trazas de que lo que me sucede es un gran bien y nos engañamos todos, sin duda, si creemos que la muerte es un mal. Una prueba evidente de ello es que si yo no hubiese de realizar hoy algún bien, el dios no hubiera dejado de advertírmelo como acostumbra.

Profundicemos un tanto la cuestión, para hacer ver que es una esperanza muy profunda la de que la muerte es un bien.

Es preciso de dos cosas una: o la muerte es un absoluto anonadamiento y una privación de todo sentimiento o, como se dice, es un tránsito del alma de un lugar a otro. Si es la privación de todo sentimiento, un dormir pacífico que no es tur-

bado por ningún sueño, ¿qué mayor ventaja puede presentar la muerte? Porque si alguno, después de haber pasado una noche muy tranquila sin ninguna inquietud, sin ninguna turbación, sin el menor sueño, la comparase con todos los demás días y con todas las demás noches de su vida y se le obligase a decir, en conciencia, cuántos días y noches había pasado que fuesen más felices que aquella noche, estoy persuadido de que no sólo un simple particular, sino el mismo gran rey, encontraría bien pocos y le sería muy fácil contarlos. Si la muerte es una cosa semejante, la llamo con razón un bien; porque entonces el tiempo, todo entero, no es más que una larga noche.

Pero si la muerte es un tránsito de un lugar a otro y si, según se dice, allá abajo está el paradero de todos los que han vivido, ¿qué mayor bien se puede imaginar, jueces míos? Porque si al dejar los jueces prevaricadores de este mundo, se encuentra en los infiernos a los verdaderos jueces, que se dice que hacen allí justicia, Minos, Radamanto, Eaco, Triptolemo y todos los demás semidioses que han sido justos durante su vida, ¿no es éste el cambio más dichoso? ¿A qué precio no compraríais la felicidad de conversar con Orfeo, Museo, Hesíodo y Homero? Para mí, si es esto verdad, moriría gustoso mil veces. ¿Qué transporte de alegría no tendría yo cuando me encontrase con Palamedes, con Ajax, hijo de Telamón, y con todos los demás héroes de la antigüedad que han sido víctimas de la injusticia? ¡Qué placer el poder comparar mis aventuras con las suyas! Pero aún sería un placer infinitamente más grande para mí pasar allí los días, interrogando y examinando a todos estos personajes, para distinguir los que son verdaderamente sabios de los que creen serlo y no lo son. ¿Hay alguno, jueces míos, que no diese todo lo que tiene en el mundo por examinar al que condujo un numeroso ejército contra Troya, u Odisea o Sísifo, y tantos otros, hombres y mujeres, cuya conversación y examen serían una felicidad inexplicable? Estos no harían morir a nadie por este examen, porque, además de que son más dichosos que nosotros en to-

das las cosas, gozan de la inmortalidad, si hemos de creer lo que se dice.

Esta es la razón, jueces míos, para que nunca perdáis las esperanzas aun después de la tumba, fundados en esta verdad: que no hay ningún mal para el hombre de bien ni durante su vida ni después de su muerte; y que los dioses tienen siempre cuidado de cuanto tiene relación con él; porque lo que en este momento me sucede a mí no es obra del azar y estoy convencido de que el mejor partido para mí es morir desde luego y libertarme así de todos los disgustos de esta vida. He aquí por qué la voz divina nada me ha dicho en este día. No tengo ningún resentimiento contra mis acusadores ni contra los que me han condenado, aun cuando no haya sido su intención hacerme un bien, sino, por el contrario, un mal, lo que sería un motivo para quejarme de ellos. Pero sólo una gracia tengo que pedirles. Cuando mis hijos sean mayores, os suplico los hostigéis, los atormentéis como yo os he atormentado a vosotros, si veis que prefieren las riquezas a la virtud y que se creen algo cuando no son nada; no dejéis de sacarlos a la vergüenza si no se aplican a lo que deben aplicarse y creen ser lo que no son; porque así es como yo he obrado con vosotros. Si me concedéis esta gracia, lo mismo yo que mis hijos no podremos menos de alabar vuestra justicia. Pero ya es tiempo de que nos retiremos de aquí, yo para morir, vosotros para vivir. ¿Entre vosotros y yo, quién lleva la mejor parte? Esto es lo que nadie sabe, excepto Dios.

DEMOSTENES (384-322 a.C.)

ANTE LA DERROTA DE QUERONEA*

Aun cuando el porvenir hubiera sido conocido de todos los atenienses, y todos los atenienses hubieran previsto que tú, Esquines, hubieses predicho nuestra derrota anunciándola a voz en cuello, tú, que no has abierto la boca, la República de Atenas no debía cambiar de conducta a poco que estimase su propia gloria, la gloria de sus antepasados y el juicio de la posteridad. Ahora se ve que ha fracasado en una empresa, como puede ocurrir a todos los hombres, si así place al Ser Supremo, pero entonces se la hubiera acusado de haber pretendido mandar a los griegos entregándolos a Filipo, si hubiera desistido de aquella pretensión. Si hubiera cedido sin combate esas cosas importantes por las cuales nuestros padres han desafiado todos los peligros ¿Quién no hubiera sentido el más profundo desprecio por ti, Esquines?; porque este desprecio no hubiera caído ni sobre la República ni sobre mí, su ministro. ¿Con qué ojos ¡dioses poderosos!, veríamos acudir aquí a todos los griegos que hubieran empuñado las armas sin nosotros, para oponerse a semejante deshonor, si Filipo hubiera sido nombrado jefe y árbitro de la Grecia? Y esto cuando Ate-

nas en ningún tiempo ha preferido una seguridad vergonzosa a los riesgos y peligros honrosos. ¿Quién de los griegos, quién de los bárbaros ignora que los tebanos, que los lacedemonios, que tenían el poder antes que ellos, que el Rey de Persia, nos hubieran dejado con gusto todas nuestras posesiones y hasta nos hubiesen concedido todas nuestras demandas, si hubiéramos querido recibir la Ley, y permitir que otro mandase a los griegos? Pero indudablemente esta conducta no era soportable para los atenienses; no estaba ni en sus costumbres ni en su naturaleza; no, jamás se ha podido persuadir a la República de Atenas a que se sometiera a pueblos poderosos e injustos, ni que comprase su salvación a costa de su libertad; por el contrario, en todos los tiempos se ha visto combatir por la preeminencia y arriesgar por el honor y por la gloria; y este modo de proceder os parece tan hermoso, tan conforme a vuestro carácter, que colmáis de elogios a aquellos de vuestros antepasados que lo han seguido, y tenéis razón. ¿Quién no admiraría, en efecto, el valor y la resolución de esos grandes hombres, que, abandonando su ciudad y su país, han tripulado sus barcos para evitar el someterse a la voluntad de otros? Temístocles, que les daba este consejo, fue elegido general; Cyrsilo, que les aconsejaba someterse, fue lapidado por vosotros y no solamente él, sino que hasta su mujer fue apedreada por las vuestras; porque los atenienses de entonces, no buscaban un orador ni un general que les procurase una dichosa esclavitud; aquellos altivos republicanos hubieran preferido no vivir a vivir esclavos. Cada uno de ellos pensaba que no había nacido solamente para sus padres y para sus parientes, sino para su patria ante todo.

Si pues, me atreviese a decir que soy yo, Demóstenes, quien os inspiraba sentimientos dignos de vuestros antepasados no habría nadie que no tuviese el derecho de reprenderme, pero declaro que vuestras magnánimas resoluciones han producido de vosotros mismos; demuestro que la República pensaba antes que yo con la misma nobleza, al mismo tiempo que sostengo haber coadyubado a sus esfuerzos generosos, y el acusa-

* Sobre la Corona.

dor al imputármelo todo a mí solo y al animaros contra mí, como si yo fuera la causa de vuestros peligros y de vuestras alarmas, no trata sino de arrebatarme una corona en el tiempo presente, pero os robaría a vosotros, al mismo tiempo, los elogios de los siglos que están por venir. Porque si condenando al autor del decreto, censuráis mi administración, parecéis haber cometido una falta y no haber conocido los injustos rigores de la fortuna. Pero, no atenienses, no habéis cometido falta alguna al arriesgaros por la salvación de la libertad de todos los griegos; lo juro por aquellos de vuestros antepasados que expusieron su vida en Maratón, y por aquellos que la ciudad de Platea ha visto formados en batalla, y por aquellos que han librado combate naval, ya en Artemisa, cuyos cuerpos reposan en las tumbas públicas. El Estado les concedió a todos los mismos honores, la misma sepultura; sí, Esquines, a todos, no solamente a aquellos cuyo valor fue secundado por la fortuna. Esta conducta era justa; todos habían cumplido con su deber de valientes, pero su suerte fue la que el soberano Ser destina a cada uno.

Después de esto, calumniador execrable, miserable escribano, a fin de arrebatarme con la corona la estimación y la benevolencia de los atenienses, no has detallado las bellas acciones, los combates, los trofeos de nuestros antepasados; ¿tenía esta causa necesidad de tales consideraciones? . . . en cuanto a mí, orador de la República que quería incitarla a combatir por la preeminencia ¿qué sentimientos, histrión indigno, debiera manifestar en la tribuna?, ¿los de un hombre capaz de aconsejarle bajezas? La muerte hubiera sido entonces mi justa recompensa.

Por último, atenienses, no se deben juzgar de igual modo las causas de los particulares y las causas importantes que interesan al gobierno; la única ley que se debe consultar es la gloria de nuestros mayores.

A vista de esto, me preguntas Esquines ¿por qué virtudes pretendo que se me decreten coronas? Pues yo te respondo sin titubear: porque en medio de nuestros magistrados y de

nuestros oradores, generalmente corrompidos por Filipo y Alejandro, siendo tú el primero de ellos, he sido el único a quien ni las delicadas y críticas circunstancias, ni las persuaciones, ni las promesas magníficas, ni la esperanza, ni el temor, ni el favor ni cosa alguna de este mundo me han podido mover a que desista de lo que creía favorable a los derechos e intereses de la patria: porque cuantas veces he aventurado mi parecer y mis propios consejos, no lo he hecho como tú, cual mercenario, que semejante a una balanza siempre se inclina al lado que recibe más peso; sino que una intención justa y recta ha dirigido siempre todos mis pasos; porque en fin, llamado y exaltado más que ninguno otro de mis tiempos a los primeros empleos, los he servido y desempeñado con una religiosidad escrupulosa y con una perfecta integridad. Por esto pido que se me decreten coronas.